

SUCESIÓN

Mateo 16, 19. Jesús promete dar las llaves. ¿Qué llaves? El profeta Isaías nos da la respuesta en Is 22, 22. Las llaves indican sucesión cuando se habla del hecho relatado en Isaías. David había muerto siglos antes, sin embargo las llaves que simbolizan el Poder de Administrar siguieron transmitiéndose por generaciones. Jesús es heredero del Reino de David (cf. Lc I. 32-33) y El transfiere el poder de administrar la Iglesia –Su Reino– a Pedro y a los sucesores de éste. La Iglesia Católica es la única que reclama sucesión apostólica, es decir que puede seguir una línea desde la primera Comunidad reunida en el Cenáculo de Jerusalén hasta el día de hoy. Desde Pedro hasta Benedicto XVI ha habido 265 obispos de Roma:

1. San Pedro +67
2. San Lino 67-79
3. San Anacleto 79-90
4. San Clemente 90-99
5. San Evaristo 99-107
6. San Alejandro 107-115
7. San Sixto I, 115-125
8. San Telésforo 125-136
9. San Higinio 136-140
10. San Pío I, 140-155 Y así sucesivamente hasta 255. Pío IX, 1846-1878 256. León XII, 1878-1903 257. Pío X, 1903-1914 258. Benedicto XV, 1914-1922 259. Pío XI, 1922-1939 260. Pío XII, 1939-1958 261. Juan XXIII, 1958-1963 262. Pablo VI, 1963-1978 263. Juan Pablo I, 1978 264. Juan Pablo II, 1978-2005 265. Benedicto XVI, 2005

Es lógico que si Nuestro Señor Jesucristo eligió a Pedro para ser el pastor visible de su rebaño (Jn 21, 15-17). Alguien tenía que continuar con su misión, pues el Evangelio tiene que ser predicado por todo el mundo (Mc 16,15) hasta al final de los tiempos (Mt 28, 18-20). Por este motivo, al morir el primer Papa (Pedro) hubo un sucesor que fue Lino y así sucesivamente hasta llegar al actual Papa: Benedicto XVI.

Mateo 16:18-19, Jesucristo eligió al hombre que dirigiría Su Iglesia en la tierra cambiando su nombre de Simón a Pedro, el cual significa ‘piedra o roca’. El dió a Pedro y sus descendientes las llaves del Reino del Cielo, y el poder de atar y desatar los pecados. Hay una línea inquebrantable de líderes de la Iglesia, los primeros “Obispos de Roma”, después los ‘Papas’, yendo hacia atrás desde el Papa Benedicto XVI, el Papa actual, hasta San Pedro.

Los obispos, sucesores de los apóstoles

CIC 861. “Para que continuase después de su muerte la misión a ellos confiada,

encargaron mediante una especie de testamento a sus colaboradores más inmediatos que terminaran y consolidaran la obra que ellos empezaron. Les encomendaron que cuidaran de todo el rebaño en el que el Espíritu Santo les había puesto para ser los pastores de la Iglesia de Dios. Nombraron, por tanto, de esta manera a algunos varones y luego dispusieron que, después de su muerte, otros hombres probados les sucedieran en el ministerio” (LG 20; cf San Clemente Romano, Cor. 42; 44):

“Así también en la resurrección de los muertos: se siembra corrupción, resucita incorrupción; se siembra vileza, resucita gloria; se siembra debilidad, resucita fortaleza; se siembra un cuerpo animal, resucita un cuerpo espiritual.” Cor. 42; 44 **CIC 862**. “Así como permanece el ministerio confiado personalmente por el Señor a Pedro, ministerio que debía ser transmitido a sus sucesores, de la misma manera permanece el ministerio de los apóstoles de apacentar la Iglesia, que debe ser elegido para siempre por el orden sagrado de los obispos”. Por eso, la Iglesia enseña que “por institución divina los obispos han sucedido a los apóstoles como pastores de la Iglesia. El que los escucha, escucha a Cristo; el que, en cambio, los desprecia, desprecia a Cristo y al que lo envió” (LG 20). **CIC 1087**. Así, Cristo resucitado, dando el Espíritu Santo a los Apóstoles, les confía su poder de santificación (cf Jn 20,21-23); se convierten en signos sacramentales de Cristo. Por el poder del mismo Espíritu Santo confían este poder a sus sucesores. Esta “sucesión apostólica” estructura toda la vida litúrgica de la Iglesia. Ella misma es sacramental, transmitida por el sacramento del Orden.

Jesús les dijo otra vez: “La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.” Dicho esto, sopló y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.” Jn 20,21-23 **CIC 875**. “¿Cómo creerán en aquél a quien no han oído? ¿cómo oirán sin que se les predique? y ¿cómo predicarán si no son enviados?” (Rm 10, 14-15). Nadie, ningún individuo ni ninguna comunidad, puede anunciarse a sí mismo el Evangelio. “La fe viene de la predicación” (Rm 10, 17). Nadie se puede dar a sí mismo el mandato ni la misión de anunciar el Evangelio. El enviado del Señor habla y obra no con autoridad propia, sino en virtud de la autoridad de Cristo; no como miembro de la comunidad, sino hablando a ella en nombre de Cristo. Nadie puede conferirse a sí mismo la gracia, ella debe ser dada y ofrecida. Eso supone ministros de la gracia, autorizados y habilitados por parte de Cristo. De El los obispos y los presbíteros reciben la misión y la facultad (el “poder sagrado”) de actuar “in persona Christi Capitis”. Este ministerio, en el cual los enviados de Cristo hacen y dan, por don de Dios, lo que ellos, por sí mismos, no pueden hacer ni dar, la tradición de la Iglesia lo llama “sacramento”. El ministerio de la Iglesia se confiere por medio de un sacramento específico.